

MIRANDO AL FUTURO

Prisionero en tu propia casa

Hace unos días he tenido, por primera vez en mi vida, una experiencia profundamente desagradable: se han juntado una serie de circunstancias que me han impedido salir de mi propia casa en diez días. Me explicaré: vivo en una finca de nueve pisos con dos vecinos por planta y un solo ascensor. Hace unos meses decidimos cambiar el motor, la cabina y las puertas del ascensor, que ya tenía muchos años, para ajustarnos a la nueva normativa y, ya de paso, darle un lavado de cara. Servidor vive en el último piso y el tiempo que tarda la empresa en dejarlo todo a punto es un mes. Mis vecinos, que son muy buena gente, estaban preocupados por qué diría yo a la propuesta y una vez que vote que sí, su preocupación, y la mía, era como iba a hacer para llegar a la calle o a mi casa esos treinta días de obras. Les dije que ya me las apañaría, que era un problema de concienciarse y que, a pesar del enorme esfuerzo que me supondría, subiría y bajaría casi todos los días.

Pero con lo que yo no contaba era con que me fuera a atacar un virus destructor, de esos que han pululado en el mes de noviembre por todos los lados, y que además se complicara con un importante dolor muscular que me impedía caminar. ¡Diez días! Diez largos y terribles días donde no tuve más opción que resignarme a quedarme en casa, sobre todo los últimos, cuando el virus había sido vencido y yo, con mi dolor muscular controlado podría haber salido de casa con mi silla de ruedas, pero la ausencia de ascensor me lo impedía.

Con mi impotencia a cuestas y mucho tiempo para pensar, recordé un estudio de hace seis o siete años (hablo de memoria) de la Universidad Autónoma de Barcelona que, previa encuesta en Madrid y Barcelona, daba como resultado que el 15 por ciento de las personas mayores de 65 años con discapacidad no salía nunca de casa.

Según la Encuesta de Discapacidades, Deficiencias y Estado de Salud 1999 del Instituto Nacional de Estadística había más de dos millones de personas con discapacidad mayores de 65 años en España, de lo que se deduce que 300.000 personas (el 15 por ciento de 2 millones) no salían nunca de casa por falta de accesibilidad, por miedo a caerse o por otras circunstancias. Incluso hace tiempo, y no recuerdo donde, leí que personas mayores sin

discapacidad no salían nunca de casa pues habían cogido miedo a salir después de haber sufrido varias caídas sin consecuencias.

Pasada la desagradable experiencia de encontrarme prisionero en mi propia casa y pensar en la cantidad de gente que se ve obligada a estar indefinidamente entre cuatro paredes por falta de accesibilidad o por otros motivos, se me ocurre que alguien debería actualizar y ampliar el estudio de la Universidad Autónoma de Barcelona, y, de esta manera, todos conoceríamos el enorme drama que supone la falta de accesibilidad en los edificios de viviendas y cuanta gente está presa contra su voluntad y sin haber cometido más delito que el de residir en una vivienda inaccesible.

Madrid, a 6 de diciembre de 2006

José Luis Fernández Iglesias